

POSVERDAD E HISTORIA. A MODO DE INTRODUCCIÓN

A mediados de la década de los ochenta, se empezó a percibir un cambio en la historia del mundo que ha resultado ser fundamental para explicarnos como especie hoy en día: la globalización. La globalización construyó un universo repleto de ambivalencias, como la tendencia a la uniformización en un mundo cada vez más diverso. La tecnología de la comunicación, decía McLuhan en 1968, iba a suponer una transformación de las relaciones sociales e iba a convertir al mundo en una aldea global, en la que desaparecen el espacio y tiempo.¹ El encogimiento del espacio conlleva también el encogimiento de los horizontes: el mundo ya no es que solo sea una aldea, sino que además se ha convertido en un amasijo de aldeas. Si hasta 1989 los equilibrios mundiales estaban anclados en la bipolaridad económica, social y política, después de la caída del Mundo de Berlín sucede un mundo multipolar, global y lleno de superposiciones, donde la historia se comienza a percibir dentro de un escenario de contradicciones, muchas de las cuales se parecen mucho a evasiones, que diría el maestro Marc Bloch. La mentira supondría una evasión de la realidad de los hechos favorecida por un ecosistema construido de interpretaciones. Como expresaba Zaki Laïdi (1997) en *Un mundo sin sentido*, las sociedades se van a entender desde la perspectiva de la inexistencia de una única y común visión del mundo, desde la ambivalencia de los procesos históricos que pueden ofrecer sentidos o interpretaciones fractales. Estas interpretaciones no van a distinguir la realidad de la copia, tampoco les interesa demasiado.

En la actualidad vivimos en el imperio de la copia: se clona todo lo que se pueda clonar, lo cual lleva a considerar la falsificación como un elemento cotidiano tan válido como el original, ya que todo es interpretable y todas las interpretaciones son igualmente válidas. Esta polifonía interpretativa, sin duda, ha puesto en duda la validez de un conocimiento objetivo y la posibilidad de interpretaciones consensuadas por la ciencia. Es justamente esa polifonía interpretativa la coartada perfecta para la existencia de lo que se conoce como *posverdad*, fenómeno que no debe entenderse como un prosaico sinónimo de mentira. La *posverdad* supone, más bien, una falta de interés por la verdad, la cual es irrelevante para este momento en detrimento de la tiranía de la corrección política, que se erige como baluarte del respeto a las opiniones de los demás por más peregrinas o erróneas que sean.

Posverdad, según el diccionario de la Real Academia de la Lengua, sería la “distorsión deliberada de una realidad, que manipula creencias y emociones con el fin de influir en la opinión pública y en actitudes sociales”. Pero la *posverdad*, como apunta McIntyre, no sería la realidad misma, sino más bien la manera en que la gente

¹ Vid. Marsal MacLuhan, *Guerra y paz en la aldea global*, Ed. Planeta-Agostini, Madrid, 1985.

reacciona a la realidad, dado que no existiría una teoría correcta de la verdad, sino diferentes formas en las que las personas subvierten esa verdad.² Y es así, que en una coyuntura propicia de crisis de las ideologías, el fenómeno de la *posverdad* va a aparecer a finales del siglo XX íntimamente unido a otros pos como la posmodernidad. Está relacionado con la crítica que hace la posmodernidad a las verdades de la ciencia y a la relativización de las mismas. ¿Habría mayor clímax libertario que poder elegir cada uno la verdad que más le convenga?

En un principio está relativización impregnó profundamente a las ciencias sociales. Poco después, algún que otro cándido posmoderno vio la oportunidad para hacer extensible lo interpretable también a las ciencias más duras tras entusiasmarse con el artículo-mofa³ sobre la posmodernidad de Alan Sokal, en el que desde el principio prometía:

Aquí mi objetivo es llevar estos análisis profundos un paso más allá, teniendo en cuenta los recientes acontecimientos en la gravedad cuántica: la rama emergente de la física en la que la mecánica cuántica de Heisenberg y la relatividad general de Einstein son a la vez sintetizadas y reemplazadas. En la gravedad cuántica, como veremos, el colector espacio-tiempo deja de existir como una realidad física objetiva; la geometría se vuelve relacional y contextual; y las categorías conceptuales fundamentales de la ciencia anterior -entre ellas, la existencia misma- se vuelven problemáticas y relativizadas. Esta revolución conceptual, voy a argumentar, tiene implicaciones para el contenido de una futura ciencia posmoderna y liberadora.⁴

Las implicaciones que tiene la visión interpretativa posmoderna de la que se burla Sokal es más grave y va más allá de una impostura intelectual. La relativización de la ciencia causa muertes que no son simples interpretaciones, son reales. McIntyre hace referencia al ejemplo ilustrativo del presidente de Sudáfrica Thabo Mbeki, quien afirmó que los medicamentos antirretrovirales del SIDA son el resultado de una conspiración occidental y que era preferible usar el ajo y la en limonada para curar esa enfermedad, resultado: murieron más 300.000 personas. Esto lleva a pensar a McIntyre que no es tanto que la verdad haya dejado de existir, sino que también los “hechos están subordinados a nuestro punto de vista político”.⁵

La *posverdad* supondría el extrañamiento de la *episteme* tanto en las ciencias sociales donde la verdad y la mentira van a convivir casi en comunión. En el caso de la historia, sería extrapolar a conveniencia la conciencia histórica como expresión de la historiografía, de tal manera que el conocimiento del pasado se sujete al pragmatismo

² Lee McIntyre, *posverdad*, Ed. Cátedra, formato eBook, Madrid, 2018, p. 27.

³ “La transgresión de las fronteras: hacia una hermeneútica transformativa de la gravedad cuántica”, publicado en *Social Text*.

⁴ “Transgressing the Boundaries: Towards a Transformative Hermeneutics of Quantum Gravity”, en *Social Text*, números, 46-47, 1996, pp. 217-252. Disponible en: https://physics.nyu.edu/faculty/sokal/transgress_v2/transgress_v2_singlefile.html

⁵ McIntyre 2018, pp. 29-30.

y las urgencias del presente para obtener beneficios sociales e ideológicos en el futuro, como demuestran las ideologías nacionalistas actuales. Ya no existen los hechos, solo hay interpretaciones. No importa ya lo que puede aprenderse del pasado, sino la implicación práctica aplicada de manera torticera para el presente, lo cual vendría a demostrar la idea de Hegel de que “lo que la experiencia y la historia enseña es que jamás pueblo y gobierno alguno han aprendido de la historia ni han actuado según doctrinas sacadas de la historia”.⁶ No se busca la razón en la historia, sino justificaciones en la historia que confirmen *mi* razón, haciendo uso de los sesgos que se adapten a nuestro pensamiento inicial, confundiendo la naturaleza de la realidad de los hechos con la opinión, la cual dará forma a los hechos. Y, es que, como diría Hobsbawm, cuando el presente tiene pocas cosas que glorificar, el pasado, es decir, la historia, legitima mucho. Cierto es que deben convivir el hecho y la opinión, que no son independientes, y los hechos sin historiador no son historia, pero de ahí no hay colegir que se manipule o distorsione la realidad del hecho en función de la opinión o se deba establecer el hecho como una opinión más. Porque los hechos no solamente tienen que ser interpretados, además tienen que ser probados, lo cual significa que la naturaleza del hecho no es una opinión, sino un componente contrastable de la verdad. A diferencia de la opinión, el hecho no es arbitrario es objetivo: no se podrá establecer, por ejemplo, la proeza de que una mujer esté solo “medio embarazada”, porque o está embarazada o no lo está, no puede ser de otra manera. La verdad siempre abriga resultados. La historia debe corresponderse con hechos objetivos, en el sentido de *res gestae*, es decir, comprobables a través de las reliquias del pasado, de otra manera se manifiesta como un engaño. Los hechos objetivos pueden ser corroborados por las fuentes históricas, analizadas y criticadas por el historiador, sin embargo, estas fuentes, en manos interesadas o espurias pueden manipularse. Ricardo García Cárcel (1994) da en la diana al afirmar que la adulteración de las fuentes es el resultado de una interpretación histórica dirigida a habilitar una opción ideológica determinada,⁷ por ejemplo, de los nacionalismos. Así, la historia “adaptada” será una pieza fundamental en el discurso esencialista de la identidad -continúa diciendo García Cárcel-, para lo cual no es de extrañar que se recurra a “la exaltación narcisista del pasado glorioso apoyado casi siempre en una visión arcádica de las propias instituciones y la permanente explicación de los problemas propios en función del enemigo exterior, vinculado, en estos casos, al Estado”.⁸ Esta época *posverdad*, es un tiempo oscuro para la historia donde la opinión produce monstruos: las verdades factuales de la historia son relativas y la historia, por tanto, se relativiza también; lo que importa es el relato, no las verdades que están los hechos o se puedan extraer de ellos. Lo principal en este tiempo de *posverdad* no es precisamente la verdad factual, sino el mundo de infinitas interpretaciones que genera, todas potencialmente válidas. Si no existe un denominador común y estamos ante un horizonte de infinitas visiones de la historia e interpretaciones del hecho histórico,

⁶ Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *Lecciones sobre de la Filosofía la Historia Universal*, Ed. Tecnos, Madrid, 2005, pp. 248-249.

⁷ “La manipulación de la memoria histórica en el nacionalismo español”, *Manuscrits*, n° 12, p. 178

⁸ *ibídem*, p. 181

todas igualmente válidas, el relativismo se impondrá a la realidad. Si se reconoce que existen tantas formas de entender e interpretar la historia como grupos, tendencias, comunidades o naciones hay, y ninguna versión es más válida que las demás, entonces se podrá esgrimir que es acertado interpretar que la muerte de millones de judíos, gitanos, comunistas, disidentes, etc. en los hornos de la muerte alemanes Tercer Reich fueron fruto de la casualidad, de daños colaterales o simplemente de una mala noche de las mónadas nazis. Este calidoscopio de interpretaciones, en vez de contribuir liberarnos de la ignorancia, nos hace esclavos del relativismo, de la sobreinterpretación y, en el peor de los casos, cómplices de las atrocidades. Es así, como la oposición de la verdad, no sería necesariamente la opinión, ni tan siquiera el error de bulto, sino el mito, la ficción. La ficción es una mentira apropiadamente relatada. La *posverdad* ha convertido la ficción, originada en interpretaciones estrambóticas, en la realidad de las cosas, es decir, la ficción se convierte ahora en la verdad. En estos momentos, como bien advierte Todorov, “la ficción es más verdadera que la historia: se mantiene la distinción, pero se invierte la jerarquía”.⁹ Lo que se intenta es amoldar la realidad a visiones políticamente correctas. La función del historiador, según esto, queda relegada a la de un novelista en el mejor de los casos. Y, es que, la novela histórica da de comer, la historia mata de hambre.

Jesús Turiso Sebastián

⁹ Tzvetan Todorov, *Las Morales de la historia*, Ed. Paidós, Barcelona, 1993, p. 120.